

¿QUIEN VERA LAS BENDICIONES DE DIOS? Deuteronomio 1: 1-8

¿Alguna vez le cruzaron por la mente pensamientos como “antes que no era cristiano me iba mejor”?, o ¿le ha pasado que ha estado esperando algo tanto y no llega y decide abandonar la espera?, o ¿ha estado incluso trabajando por algo que no resulta y al final tod@ desanimad@ termina por abandonar lo que hace, y esto inclusive cuando usted pensó en algún momento que era Dios poniendo en su corazón tal o cual proyecto? Puede ser que, ya que no llegó o no resultó lo que esperaba, su estado emocional y aún su fe están tan bajos que hasta quiera volver a su vida de antes. Algo así les pasó a un grupo de israelitas que salió de Egipto con grandes expectativas de una vida mejor, pero se desesperaron tanto que tuvieron que esperar muchísimo tiempo y al final gran parte de ese grupo no vio las bendiciones de Dios. ¿Por qué unos sí y otros no si a todos sacó Dios de la esclavitud en que se encontraban para llevarlos a una vida mejor?

La etapa del Éxodo había quedado atrás. Dios los había liberado y el pueblo de Israel finalmente había salido de Egipto después de estar 400 años como esclavos y se encaminaban ya hacia la Tierra Prometida con una gran cantidad de ilusiones y planes para sus nuevas vida.

“Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel a este lado del Jordán en el desierto, en el Arabá frente al Mar Rojo, entre Parán, Tofel, Labán, Hazerot y Dizahab” (v.1).

Esto ocurrió justo antes de que el pueblo de Israel entrara en la tierra de Canaán, la Tierra Prometida. Estaban prácticamente en la frontera solo separados por un río. Parece que por fin había llegado el final del largo viaje de 40 años por el desierto; el sueño israelita estaba por ser alcanzado. Sin embargo, no iba a ser nada fácil para ellos. Por eso, Moisés tenía que prepararlos porque, cuando entraran, iban a enfrentar una serie de guerras contra los habitantes de aquel lugar para echarlos fuera y tomar posesión de la tierra que Dios les regaló.

Antes de entrar, y aquí es donde empieza la enseñanza para nosotros, Moisés les recalcó que si querían disfrutar de todas las bendiciones de Dios, tendrían que vivir de acuerdo a sus mandatos establecidos en la Ley, es decir, tenían que vivir de acuerdo a su Palabra. Así que volvió a enseñarles prácticamente todo el manual de la Ley. De allí

el nombre de Deuteronomio que significa “segunda ley”. La inmensa mayoría de ellos eran jóvenes; los adultos habían quedado atrás por incrédulos y por estarse siempre quejando de todo. Así que era mucho más que conveniente recordarles a los jóvenes cuáles eran los mandatos de Dios para que los siguieran. Sin embargo, la idea no era que lo tomaran como una carga sino como el medio para disfrutar las bendiciones de Dios.

En nuestros días es lo mismo, no podemos entender las promesas de Dios si no las conocemos primero y no las conoceremos si no leemos, estudiamos y meditamos Su Palabra; mucho menos podremos disfrutarlas. Así mismo, no podemos conocer todas las advertencias que Dios nos hace en su Palabra si no la conocemos ni estudiamos. Después sucede que no entendemos por qué Dios nos disciplina, cuando Dios claramente nos había advertido en su Palabra. Es por eso que en este ministerio enfocamos en la enseñanza de la Palabra de Dios. Es importante conocerla y vivirla si queremos disfrutar de las bendiciones de Dios. En cuanto a nuestros jóvenes, es vital que sean enseñados en la Palabra de Dios para que no tomen su cristianismo como una cosa ligera, o simplemente como una cosa religiosa o de domingo; para que no estén con un pie en las cosas de Dios y con otro pie en el mundo; para que, siendo creyentes, no vivan como si no lo fueran.

“Once jornadas hay desde Horeb, camino del monte de Seir, hasta Cades-barnea.

Y aconteció que a los cuarenta años, en el mes undécimo, el primero del mes, Moisés habló a los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová le había mandado acerca de ellos, después que derrotó a Sehón rey de los amorreos, el cual habitaba en Hesbón, y a Og rey de Basán que habitaba en Astarot en Edrei”
(vv.2-4).

Estos versículos son realmente impactantes y se convierten en el centro del mensaje de hoy para nosotros. Horeb también es conocido como Sinaí, el monte en donde Dios entregó a Moisés la Ley escrita en tablas (aunque realmente Horeb era la región en donde se encontraba el monte Sinaí). Desde ese punto, hasta la tierra de Canaán, es decir, la Tierra Prometida, había once días de camino (hay quienes dicen que se puede hacer menos todavía). Pero, ¿cuánto tiempo hicieron ellos? 40 años caminando por el desierto enfrentando peligros cada día. ¿Qué fue lo que hizo que se tardaran tanto en llegar?, ¿fue acaso Dios que no quería que llegaran tan rápido, o fueron ellos mismos? Ciertamente no fue la distancia del camino, ni fue el deseo de Dios, aunque sí permitió que así sucediera. Dios no los retrasó, tampoco el camino; ellos mismos se retrasaron por su

falta de fe que les llevó a estarse rebelando contra la autoridad a cada rato; a estarse quejando por todo, todo el tiempo; a ver todo mal, enfocando en lo “malo” y engrandeciendo lo que no les gustaba; a buscar refugio en otras cosas que les dieran la “paz”, la “tranquilidad” y la “confianza” que ellos necesitaban, en lugar de refugiarse en Dios y esperar en É siendo obedientes, sirviéndole y adorándole fielmente.

El pueblo de Israel se desesperó con Dios y con su siervo Moisés porque no se estaban cumpliendo sus expectativas, ellos se volvían cada vez más y más exigentes y, finalmente, llegaron a creer que estaban mucho mejor que antes. Mire nada más lo absurdo de los reclamos: *“Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos”* (Nm. 11:5-6). No habían medido el valor de su libertad después de ser esclavos, ni habían entendido que fue Dios quien los rescató para llevarlos a una mejor vida, no tenían ninguna actitud de agradecimiento hacia Dios y hacia su siervo Moisés por la liberación y por la esperanza de una nueva vida; ellos sólo pensaban en ellos mismos, en su comodidad y lo exigían como si tuvieran derecho de reclamar algo que se les tiene que dar, a tal grado que amenazaron con regresar si no conseguían lo que querían. Literalmente estaban dispuestos a cambiar a Dios por la vida de antes, estaban dispuestos a cambiar a Dios por saciar sus gustos de antes como los pepinos, los melones, las cebollitas, las cebollas y los ajos. No habían valorado las bendiciones de Dios a tal grado que decían que aquello les hacía tanta falta, que por no tenerlo su alma se seca y van a morir. No estaban dispuestos a conformarse con el maná que Dios les daba. El maná era un gran milagro de Dios, una tremenda bendición para ellos que no quisieron valorar por estar pensando solo en ellos mismos. Más adelante reclamaron: *“Entonces toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto? Y decían el uno al otro: Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto”* (Nm. 14:1-4). Déjeme decirle algo: esta gente no entró a la Tierra Prometida, ni vio las bendiciones de Dios; no pudieron disfrutarlas, se las perdieron por esa actitud tan negativa de queja. No pagaron el precio de pasar por el desierto.

Es por eso que Moisés tiene que recordarles, a este grupo que está en la frontera, a un paso de entrar a la Tierra Prometida, las grandes victorias que les ha dado el Señor, para que mantengan su confianza en Él, para que se dejen guiar por Él y para que sean obedientes a Él, sabiendo que en la obediencia está la bendición de Dios; para que no cometieran los mismos errores que sus padres. Una persona que olvida o menosprecia las bendiciones de Dios, que no confía en Él, que busca excusas para no dejarse guiar por Él y para no servir, que no quiere aprender de su Palabra y que es desobediente no puede esperar que Dios le bendiga.

“De este lado del Jordán, en tierra de Moab, resolvió Moisés declarar esta Ley, diciendo: Jehová nuestro Dios nos habló en Horeb, diciendo: Habéis estado bastante tiempo en este monte. Volveos e id al monte del amorreo y a todas sus comarcas, en el Arabá, en el monte, en los valles, en el Noguev, y junto a la costa del mar, a la tierra del cananeo, y al Líbano, hasta el gran río, el río Eufrates. Mirad, Yo os he entregado la tierra; entrad y poseed la tierra que Jehová juró a vuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, que les daría a ellos y a su descendencia después de ellos” (vv.5-8).

Moisés les declara la Ley, es decir, se las explica nuevamente. Moisés está bien comprometido con la enseñanza de la Palabra de Dios para que Israel viviera conforme a lo estipulado por Dios. Moisés quiere que la Palabra de Dios quede grabada en las mentes y los corazones de los israelitas para que las puedan poner en práctica. Este debe ser el anhelo de todo buen predicador y de todo buen maestro de la Palabra de Dios. Enseñarla sin miedo, sin suavizarla, para que quede bien grabada en la mente y corazón de las personas y puedan echar mano de ella siempre, no queriendo quedar bien con la gente para que no lo critiquen y regresen el siguiente domingo, sino queriendo quedar bien y en paz con Dios, como enseña el Apóstol Pablo: *“Queda claro que no es mi intención ganarme el favor de la gente, sino el de Dios. Si mi objetivo fuera agradar a la gente, no sería un siervo de Cristo” (Gál 1:10 – NTV).*

Moisés ha contado las maravillas que Dios ha hecho con ellos estos 40 años que anduvieron en el desierto, pero también les deja bien claro lo mal que le han pagado. Por su necedad, por su falta de fe, por su rebeldía, habían estado ya bastante tiempo acampando, 40 años. Dios los ha humillado por esta actitud tan negativa, pero ahora vendrían tiempos mejores para Israel.

La victoria era segura, pero no la alcanzarían si no obedecían la orden de ir por la tierra que Él ya les había entregado, sacando a todos los pueblos paganos de allí. Resulta interesante saber que la extensión del territorio que Dios les entregó, Israel casi nunca la alcanzó, con la excepción de un breve período cuando David y Salomón reinaron. Muchos que salieron de Egipto no alcanzaron a entrar a la Tierra Prometida por su falta de fe, por su actitud negativa de querer abandonarlo todo lo que les esperaba y regresar. Otros entraron, pero tampoco alcanzaron todo lo que Dios les prometió porque se desesperaron, se volvieron desobedientes y abandonaron el proyecto de conquistar y alcanzar. No quisieron luchar, se estancaron y no vieron cumplidas las bendiciones que Dios tenía para ellos.

Conclusión.

Dios tenía grandes promesas para Israel. Los sacó de la esclavitud de Egipto para llevarlos a una nueva vida llena de bendiciones en todo sentido. Dios los llevaría a la Tierra Prometida, la tierra en donde fluye leche y miel. Pero la posesión de la Tierra Prometida requería el sacrificio del desierto. No todos estuvieron dispuestos a pagar el precio. Muchos se rebelaron contra Moisés y su hermano Aarón, ignorando que con esto se rebelaban contra Dios. Muchos de ellos sólo se quejaban, vivían atemorizados y querían regresar a su lugar de “comodidad” aunque esto implicara seguir viviendo como esclavos, perdiéndose las bendiciones de Dios.

En nuestros días sigue sucediendo lo mismo. Muchos se desesperan cuando no ven que se cumple lo que están esperando; se rebelan contra Dios y contra la autoridad y abandonan el trabajo. Todo el esfuerzo quedó en nada porque no tuvieron fe, porque no creyeron, porque no quisieron trabajar, luchar y esperar. Perdieron la mirada en Cristo y enfocaron en ellos mismos, pensaron solo en ellos, en sus deseos y sus gustos personales. No aprendieron a ser pacientes y no entendieron que Dios tiene su tiempo perfecto; Él nunca se retrasa (2P. 3:9), Él siempre está a tiempo. Otros se quedaron, pero todo el tiempo se estuvieron quejando, preferían vivir como antes, así que no trabajaron, no se comprometieron.

Al final ni unos ni otros recibieron las bendiciones de Dios ni vieron cumplidas sus promesas en ellos. Dios tiene un plan perfecto y lo va a cumplir con nosotros o sin nosotros. Somos nosotros mismos quienes podemos retrasar las bendiciones de Dios por nuestra mala actitud, por

nuestra falta de fe y de compromiso. Pero al final, Dios cumplirá sus planes.

¿Quién verá las bendiciones de Dios? Bueno, ya hemos aprendido quién no las verá. Pero quien sí las verá será aquella persona que enfoca en Dios, que reconoce la soberanía de Dios en todos los aspectos de su vida, que conoce las promesas de Dios dadas en su Palabra, que tiene bien claro su compromiso con el Señor para trabajar, que no se desanima a pesar de los obstáculos tan fuertes y hasta de las derrotas, que sabe esperar en Él y que, mientras espera, le sirve y le alaba con todo su corazón, que vive una vida santa glorificando a Dios en todo lo que hace y dice, es decir, que da buen testimonio de quién es Cristo en su corazón y las cosas que el Señor ha hecho por esa persona y en esa persona.

Así es que, aunque se vengán tiempos difíciles, aunque vengán tormentas o terremotos, aunque venga escases, aunque no se vean resultados a corto plazo, no cambiemos al Señor por nada, mantengamos nuestra mirada puesta en Él sin dejar de trabajar y veremos cumplidas en nosotros todas y cada una de sus promesas... Amén... Vamos a orar.